

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO

LAS ISLAS ATLÁNTICAS
EN EL MUNDO ANTIGUO



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE CANARIAS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

MCMLXVII

LAS ISLAS ATLÁNTICAS
EN EL MUNDO ANTIGUO

*Conferencia pronunciada en la sesión
inaugural del Curso de Cultura Canaria,
el 2 de marzo de 1967, por el Excmo. Sr.
Dr. D. Antonio García y Bellido, Cate-
drático de Arqueología de la Universidad
de Madrid y Académico de la Real de
la Historia.*

ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO

LAS ISLAS ATLÁNTICAS
EN EL MUNDO ANTIGUO

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE CANARIAS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

MCMLXVII

J. RÉGULO, EDITOR — IMP. GUTENBERG — LA LAGUNA DE TENERIFE
DEPÓSITO LEGAL TF 46 1967

Más de una vez habremos pensado los que hoy vivimos (o supervivimos), en una tierra de evasión, de refugio donde poder huir para vivir sin angustias, para hallar la paz. Es tarea inútil darle vueltas al planisferio buscando en él el lugar soñado. Esta tierra no existe hoy. Desgraciadamente, no hay ya punto del globo donde se pueda vivir completamente alejado y al margen de todas las calamidades que unas veces como amenaza, otras como realidades, envuelven la tierra toda. Un lugar en el que se pudiera gozar de felicidad sin pausas, de bienaventuranzas sin límites, en el que fuera posible un vivir sin desvivirse en suma, es hoy, y realmente lo fue siempre, una pura utopía. Ante esta evidencia, sin duda que habremos pensado también alguna vez en buscar —ya que en el espacio nos era imposible hallarlo— un refugio en el tiempo. ¿Quién no ha soñado que hubiese sido más feliz viviendo en tal o cual época pasada? ¿Quién no ha creído a pies juntillas aquella afirmación de que

«cualquiera tiempo pasado fue mejor» . . . ? Una evasión hacia atrás en el tiempo, una retirada hacia el pretérito, una fuga hacia cualquier isla feliz rodeada del añil de un mar clemente, envuelta en los celajes azules de una atmósfera serena; una isla de verdes praderas, árboles frugíferos, tierras generosas, aguas cantarinas, la han buscado todos los pueblos, todas las civilizaciones, todas las generaciones, y la hemos buscado también todos los hombres alguna vez. Porque existe un ansia universal y nunca saciada de creer en la existencia de aquel lugar tan ignorado como soñado.

De la Antigüedad tenemos, en efecto, fehacientes testimonios de lo dicho. A ellos vamos a dedicar precisamente los minutos de nuestra disertación.

Estos sueños, unidos a fantasías literarias y utopías filosóficas, se vieron espoleadas en la Antigüedad por ciertas vagas noticias de fuentes verídicas que iban trayendo los marinos a los centros cultos del Mediterráneo y en las cuales se hacía referencia a ciertas islas pléticas de frutos, henchidas de bienes de todo orden, dulcísimas de clima, bellísimas en sus paisajes, ricas como ninguna otra en tesoros para el alma y bienestar para el cuerpo. Islas que se situaban lejos de las costas conocidas, en pleno Océano. Y a este propósito es curioso observar que tales países felices imaginados no se suelen situar en tierras continentales, sino en islas. Parece esta una condición ineludible que se explica porque, si se pretende vivir en aislamiento, nada más natural que comenzar en una isla precisamente. Ello nos lleva a extrañar que el

Paraíso bíblico fuera todo lo contrario si, como parece, era imaginado como sito en tierras continentales. Quizás el hombre del desierto ponga sus sueños en vergeles sin límites, a la inversa del hombre civilizado y urbano, que sueña en islas.

En las descripciones que de tales tierras han llegado a nosotros —y que luego transcribiremos— se pretende dar certificado de realidad a aquel ferviente deseo de que antes hemos hablado y que lleva a los hombres a pensar en islas lejanas donde colocar el «Paraíso Perdido» de sus ilusiones, el logro perpetuo de sus deseos; en un rincón lejanísimo, en un punto inasequible pero que lo suponen existente, tangible y real.

Estos «paraísos» los antiguos se los figuraron en todos los mares que circundaban la *oikouménē*, o mundo que ellos sabían habitado. Pero solo en el Atlántico llegaron a concretarse, a fijarse de un modo permanente.

El indagar por qué secreta razón fue el Atlántico el lugar preferido por el mundo antiguo para situar sus «paraísos» nos llevaría muy lejos. Pero quizás pueda explicar ya mucho la circunstancia geográfica. Porque, en efecto, a los antiguos el Mediterráneo les resultaba demasiado conocido y transitado para imaginar en él la posibilidad de una isla sita al margen de la historia y del tiempo. Por otra parte las noticias que les llegaban del Oriente informábanles que por allí el horizonte se cerraba siempre con nuevas y remotas tierras nunca alcanzadas. Solo el Atlántico llenaba todos los requisitos exigidos para que el ansiado

aislamiento lo fuera en grado sumo y perfecto: el Océano inmenso e inconmensurable, el mar sin límites, los horizontes infinitos. Allí podían situarse las islas solitarias, las islas más islas, más aisladas. Y allí las situaron.

Las primeras descripciones de las islas paradisíacas atlánticas aluden ya a su bienaventuranza y a su fortuna. Son las islas que los griegos llamarán *Haiton Makarón Nésoi*, y los latinos *Fortunatae Insulae*, es decir, Islas de los Bienaventurados o Islas Afortunadas. Pero vamos a la historia concreta partiendo de su antecedente más importante.

Ya el mito platónico de la Atlántida y de los atlantes es una leyenda que supone el «Paraíso Perdido». Su situación, como es de todos sabido, es precisamente el lejano Occidente, el «más allá» de nuestras Columnas de Hércules, de nuestro mar gaditano.

Las navegaciones viejísimas de los tartesios por el Atlántico, tanto hacia el N. como hacia el S., dieron lugar a muchos descubrimientos de tierras e islas que pasaron ignoradas del mundo hasta que sus noticias llegaron a conocimiento de pueblos más civilizados y por ende más conscientes de su importancia. Como fueron estos últimos, y no los primeros descubridores, quienes dieron a conocer su existencia al mundo culto describiendo sus ambientes y precisando, mejor o peor, los lugares que ocupaban, resulta por ello que aparecen como verdaderos descubridores los que solo propagaron su conocimiento. Tal acaeció con las islas atlánticas de Canarias, Madeira, acaso

también las Azores, islas conocidas desde muy antiguo por los pescadores tartessios, es decir, por gentes del SO. de España. Estos, como hoy, bajaban entonces también hasta los ricos bancos de pesca del Sáhara y Cabo Verde a recoger sus cosechas de peces. Pero los púnicos que se habían establecido en Cádiz y a lo largo de las costas de Andalucía y el Algarbe, pronto aprendieron estas rutas de los marineros andaluces, y sobre ellas navegaron para explorar las riquezas inagotables del mar, del que vivían y en el que comerciaban.

Una de estas rutas llevaba a cierta isla que los eruditos creen, con razón, se trata de Madeira. Ello, efectivamente, se deduce de la narración que escrita en griego ha llegado a nosotros sobre su descubrimiento. Hela aquí según mi traducción:

«Dicen que en el mar de fuera de las Columnas de Heraklés los carthagineses descubrieron una isla desierta, pero poblada de toda clase de árboles y cruzada de ríos navegables. Esta isla es admirable por sus frutos. Estaba muy lejana de la tierra firme de la que distaba días de navegación. Su fertilidad hizo que los carthagineses la visitaran a menudo y algunos llegaron a establecerse allí. Pero las autoridades carthaginesas prohibieron la navegación a ella bajo pena de muerte, llegando a matar a sus colonos para que no revelasen su existencia e impedir así que una multitud de gentes se apoderara de las islas privando a los carthagineses de su disfrute».

Tal referencia hállase en un libro griego donde se recogieron multitud de cosas y casos raros y mara-

villosos oídos y vistos aquí y allá. Es el libro llamado *Perí thaumasión akoúsmata*, dicho en castellano: *Sobre las cosas maravillosas oídas contar*. Se ha atribuido a Aristóteles sin ser de él, por lo que se le cita ahora como el pseudo-Aristóteles, ya que su verdadero autor nos es desconocido. No obstante, la crítica y hermenéutica de los textos antiguos nos lleva a deducir que su fuente ha de ser probablemente Tímaios, un historiador siciliota de hacia el siglo IV-III antes de J. C., muy amigo de recoger en sus escritos toda clase de leyendas y fantasías, singularmente del Occidente, para cuyas noticias estaba bien situado viviendo, como vivía, en Sicilia. Sin embargo, el hecho a que se refiere es muy anterior y ha de colocarse hacia los siglos VI o V antes de J. C.

Acaso provenga también del mismo Tímaios esta nueva versión que refiere otro historiador, siciliota también como Tímaios, pero que escribe mucho después que él, en los tiempos de Augusto. Nos referimos a Diódoros de Sicilia, cuyo texto traducimos del griego a continuación:

«Los fenicios, por las razones antes dichas, exploraron las playas más allá de las Columnas de Heraklés, navegando a la par de las costas de la Libye. Fueron arrastrados por los vientos hasta parajes de larga navegación en el Océano. Cuando muchos días después cesó la tormenta, arribaron a la isla mencionada, cuya felicidad y naturaleza reconocieron, comunicando la noticia a todos. Por ello los tirrenos, que entonces poseían el dominio del mar, proyectaron enviar allí

una colonia, pero los carthagineses se lo impidieron por temor de que, a causa de las excelencias de la isla, se estableciesen en ella muchos tirrenos. Al mismo tiempo, querían reservarse este refugio para el caso de un revés de fortuna o por si sobrevenía algún acontecimiento ruinoso para Carthago, ya que, dueños del mar, podrían huir con sus familias a dicha isla ignorada de sus vencedores».

El mismo historiador siciliota, Diódoros, poco antes de hablarnos de lo que antecede, se refiere a otra isla atlántica distinta para él, pero acaso la misma, que se identifica con Madeira, y, por tanto, con la de la narración del pseudo-Aristóteles. Aquí ha podido haber una duplicidad de fuentes que haya inducido a Diódoros a creer que una y otra son islas diversas. Por lo demás, las tres narraciones vienen a coincidir en lo fundamental. Vayamos, pues, de nuevo, a Diódoros para leer su descripción, que traducida dice así:

«Tras de haber hablado de las islas sitas en la parte de acá de las Columnas de Heraklés, describiremos ahora las que se hallan en el Océano. Por el lado de Libye, y en alta mar, hay una isla de gran extensión sita en pleno Océano. Está separada de Libye por varias jornadas de navegación siguiendo la ruta del Occidente. Su suelo es fértil, montañoso, con poco llano y de una gran belleza. Ríos navegables la riegan, y tiene muchos jardines con toda clase de árboles, y vergeles cruzados por corrientes de agua dulce. Hay en ella villas campestres magníficamente construidas, cuyos jardines están adornados con tem-

pletos cubiertos de flores, donde sus habitantes pasan el verano gozando voluptuosamente de los frutos del campo, que los da en abundancia. La parte montañosa está cubierta de espesos bosques de toda clase de árboles frutales. La estancia en las montañas la embellecen valles profundos y numerosas fuentes. En resumen, la isla entera se halla regada por aguas dulces que contribuyen no sólo al recreo de sus habitantes, sino también a su salud y fuerza. La caza les suministra muchos animales de diversas especies, que les da comidas succulentas y variadas. El mar que baña esta isla contiene gran número de peces, porque el Océano es, por naturaleza, rico en ellos. Finalmente, el aire es aquí tan templado, que los frutos arbóreos y otros productos del campo crecen en abundancia durante la mayor parte del año. En pocas palabras, esta isla es tan bella, que más parece residencia dichosa de algún rey que habitación de simples mortales».

Hay otro texto que, por ser más vago y caer probablemente en época posterior a los que anteceden, no tiene la importancia de estos. Pero merece la pena traerlo a colación. Me refiero a la noticia que Pausanías, el famoso periégeta griego del siglo II de la Era, trae en su libro *Hellados Periégesis*. Refiere Pausanías que un tal Eúphemos, kario de nación, navegando hacia Italia con rumbo O., fue empujado por los vientos y de tal manera que, atravesando el Estrecho de Gibraltar, se engolfó en pleno Atlántico, «en el Mar Exterior por donde nunca se navega», dice textualmente Pausanías. El viento a que alude el texto, que no es

otro que nuestro levante o leveche, podría explicar bien este raudo paso por entre las columnas hercúleas y su engolfamiento en el Mar Exterior o Atlántico. La noticia no es, pues, inverosímil. Tampoco lo es que el nauta griego llegase a ver en el océano algunas islas. Pausanías dice, en efecto, que Eúphemos «vio muchas islas, unas desiertas, otras habitadas por hombres salvajes», y añade: «Los marineros no querían acercarse a ellas, que ya conocían, ni a sus habitantes, pero al fin se vieron obligados a bajar a tierra».

¿Qué islas eran estas que «ya conocían» y que, por lo dicho, frecuentaban? Pausanías dice textualmente: «A estas islas llaman los marineros Satyrides». Es decir, islas de los Satyros. No sabemos qué islas son estas. Su nombre sólo aparece aquí, en este texto, que no da pie para mayor precisión. ¿Tendrían algo que ver con las islas de los Gorilas o las Gorgades, que también citan los autores antiguos hacia el golfo de Guinea? Dejemos la interrogación pendiente, pues el desarrollo de una respuesta cumplida nos apartaría de nuestro rumbo. Reparemos tan solo que las islas de los Satyros eran ya conocidas de los marineros de Eúphemos, lo que coloca el hecho en época posterior a la de los textos antes comentados.

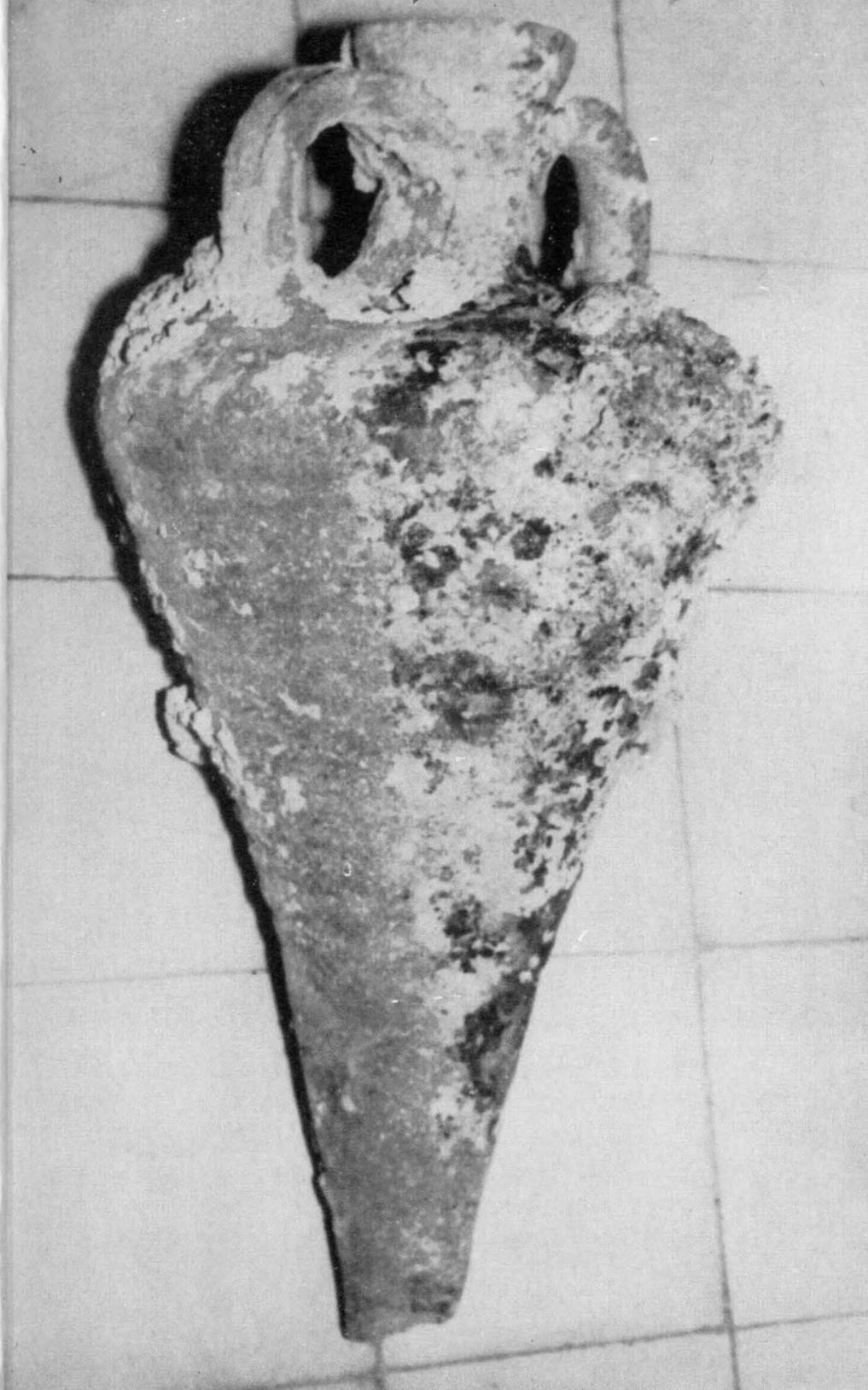
Por el año 100 a. J. C. otro navegante audaz, Eúdoxos de Kyzikos, cita otra isla incógnita hasta entonces, en pleno Atlántico. Eúdoxos no fue náufrago víctima de los temporales como Eúphemos el kario. Eúdoxos era un navegante consciente de sus propósitos y metódico en sus procedimientos. Eúdoxos

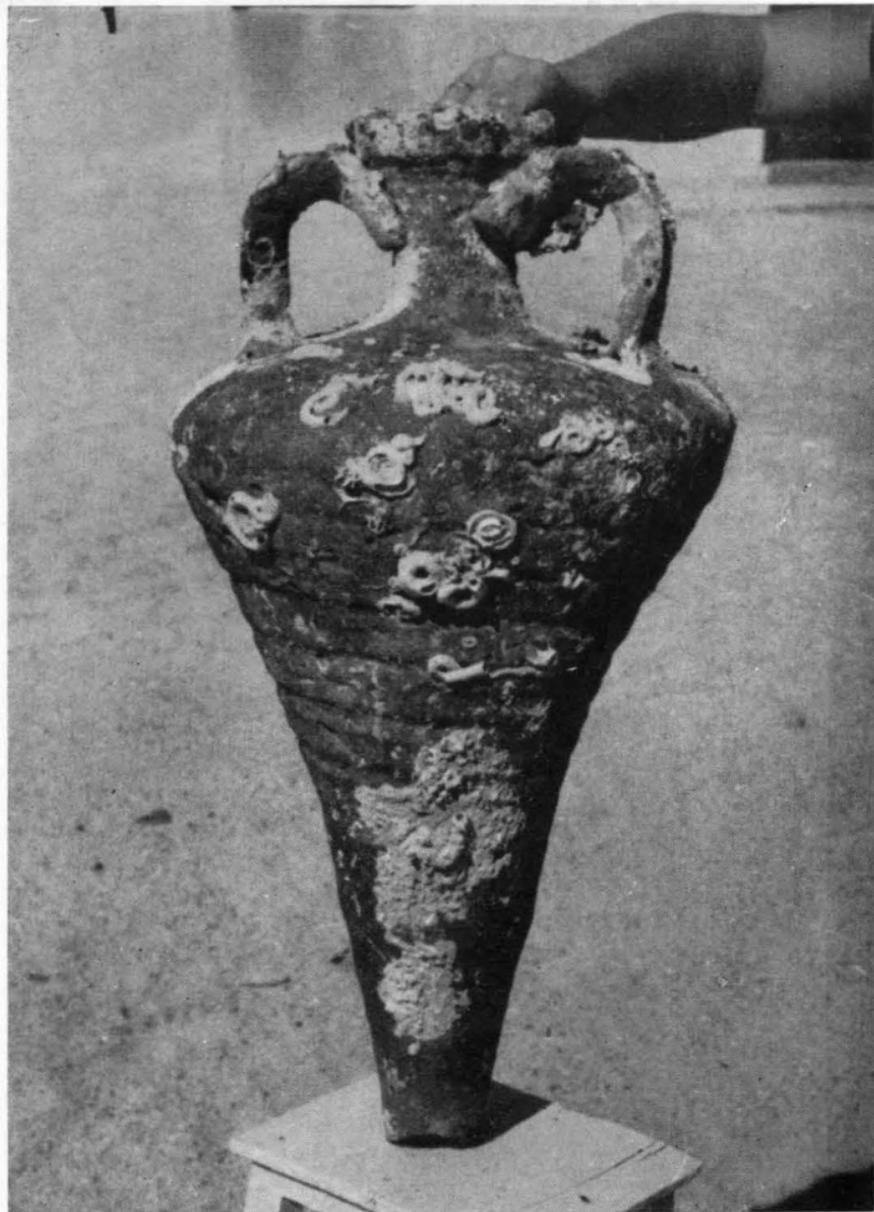
pretendía circunnavegar el África, y para ello vino a Cádiz, desde donde hizo dos intentos, uno de ellos fallido. El último de resultados ignorados. Sus exploraciones fueron recogidas nada menos que por el sabio griego Poseidonios, que casualmente estaba en Cádiz cuando Eúdoxos preparaba el segundo viaje de cuyos resultados ya no pudo saber nada el polígrafo helénico. Pues bien, este Eúdoxos, al regresar de su viaje, parece que, antes de llegar por el S. a Mauritania, vio «una isla desierta, pero bien provista de agua y cubierta de abundante vegetación, cuya posición fijó». Esta isla figuraba ya —nos lo dice Poseidonios— en su nuevo plan como base intermedia de operaciones, si la navegación se prolongaba más de lo calculado.

Qué isla fue esta tampoco lo sabemos, aunque solo a título de hipótesis me atreva a sugerir cualquier islote del grupo de las de Cabo Verde.

Además de estas islas se citan otras de las que solo sus nombres antiguos conocemos: Hesperides, Kerne, Atlantis, Gorgades, Purpurarias, Autolalas, Paina, Erytheia, Menouthias y algunas más que hay que añadir a las de los Satyros y las de los Gorilas.

Si los tartessios —y los cartagineses en pos de ellos— navegaron a lo largo de las costas atlánticas de África, hacia el S., ello había de traer como consecuencia necesaria el tropiezo con el Archipiélago Canario. La isla de Fuerteventura solo dista de Cabo Jubi un centenar de kilómetros. No es visible desde la costa africana, pero sí desde alta mar. Por otra parte, el propio Teide, de cerca de 4.000 metros de altura,





*Segunda ánfora romana hallada en Graciosa
(alto, 55 c.n.). Colección particular*

← *Primera ánfora romana encontrada en Graciosa (alto
65 cm.). Casa de Colón (Las Palmas de Gran Canaria)*

(Clisés de "Revista de Historia Canaria")

señorea de tal modo estos parajes, que su cima, en buenas condiciones, puede verse en 180 kilómetros a la redonda. No nos cabe duda alguna de que la Ninguaría Insula, citada por Iuba, el rey erudito de Mauritania, con sus nieves perpetuas y su corona de nubes, es la isla de Tenerife y su pico de Teide. A esta misma convienen otros nombres y propiedades citados por varios autores, mas de modo harto confuso y problemático; pero ello no quita ver en el testimonio aludido una referencia bastante convincente a dicha isla. En efecto, prescindiendo de varias alusiones más, tan vagas como las precedentes, poseemos una serie de datos fidedignos que parten cronológicamente del siglo I a. de J. C. y que vamos a reproducir y comentar.

Pero antes es preciso plantearse el arduo problema de las fuentes y de su mayor o menor autoridad.

De los escritos púnicos sobre descubrimientos o viajes por las costas africanas, nada o casi nada ha llegado a nosotros, salvo el periplo de Hannón. De las obras del rey Iuba II de Mauritania —hombre de ciencia, buen conocedor de los textos púnicos y, según parece, navegante y colonizador también—, no han perdurado noticias suficientes que aclaren estos problemas. Lo mismo cabe decir de Polybios, de Statius Sebosus, de Xenophón de Lámpsakos y de las obras científicas de Cornelius Nepos, los cuatro, además de Iuba, citados por Plinius como fuentes para sus descripciones de las islas africanas. Cuando a fines del siglo III antes de J. C. los romanos llegaron en sus conquistas peninsulares al Estrecho de Gibraltar,

a Cádiz, y cuando, tiempos después, Mauritania entró en su esfera de influencia, la gran etapa descubridora llevada a cabo por los púnicos y por el mismo Iuba, en la zona atlántica del continente africano, había alcanzado a su máximo, no sobrepasado luego por los romanos, juzgando al menos por las noticias salvadas del naufragio de la Antigüedad. Los historiadores helenísticos y romanos, empero, llegaron a tiempo para recopilar una serie de datos, todos de segunda o tercera mano (así son los de Sebosus, p. e.), gracias a los cuales sabemos algo —aunque confuso— de aquellas tierras e islas esparcidas por el Occidente de África.

Mas estas noticias, aun reconociendo que van cargadas de un lastre verídico y cierto, están tejidas a veces con leyendas y fantasías o expuestas con lamentables imprecisiones; de suerte que es, en casos varios, imposible discriminar lo verdadero de lo supuesto. Nombres de islas, de tierras, de cabos, de accidentes geográficos, medidas de distancias, descripciones prolijas y brillantes, etc.; nada de ello falta, antes bien, abundan de tal modo y, al mismo tiempo, con tal imprecisión, que se hace imposible discernir algo realmente concreto y firme. Así, por ejemplo, en la época de Augusto y Tiberio, época en que ya se debían tener bastantes noticias de las costas atlánticas africanas, Strabon se muestra muy escéptico ante las recogidas siglos antes. Criticando este duramente a Eratosthenes, le reprocha, entre otras cosas, haber creído en las noticias sobre tierras e islas al otro lado de las Columnas. «Es también crédulo —dice de

Eratosthenes— para las muchas cosas que se han dicho de la parte de fuera de las Columnas de Heraklés, de una isla Kerne y de otras tierras que hoy día no se encuentran por ninguna parte». Y más adelante, al describir las regiones de Libya, dice: «A partir de la primera descripción que dio el periplo de Ophelas, todo lo que los historiadores han publicado sobre esta parte de Libya exterior al Estrecho es un tejido de fábulas y mentiras».

El mismo Plinius, de quien procede (siempre de segunda o tercera mano) el conjunto quizás más amplio y preciso que de la geografía insular del África Norte-Occidental ha llegado a nosotros, reconoce explícitamente esta vaguedad, esta falta de seguridad en la localización o en las pruebas de existencia de los lugares que cita. Después de hablar de las *islas Gorgades* y de las *Hesperides*, se lamenta de la incertidumbre de todo ello, y poco más adelante, aludiendo a lo anterior, insiste: «Las noticias sobre las islas de la Mauretania no son más seguras».

Si esto era ya en el siglo I de la Era, cuando Plinius —con su gran espíritu de naturalista e investigador— podía informarse mucho mejor que nosotros de todo ello, cuando las armas romanas acababan de recorrer todas las tierras de Occidente, ¿qué no será ahora para nosotros, que no tenemos más noticias que aquel cúmulo de nombres (a veces corruptos), de cantidades (generalmente falsas) y de imprecisiones de todo orden a que hemos aludido?

No han faltado, empero, investigadores que ha-

yan dedicado sus vigilijs a descifrar estos enigmas. La bibliografía era, de tiempo atrás, ya relativamente abundante; pero, pasada la guerra de 1914-1918, se acentuó de un modo notable la investigación de estos y otros problemas intrincados y enigmáticos que, como una «apocalipsis» pagana, nos legó la Antigüedad. La erudición condujo al punto a relacionar unos enigmas con otros: la Atlántida, Tartessos, las Islas Afortunadas; las veladas alusiones de la *Ilíada* y la *Odysseia*; de Hesíodos y los poetas posteriores; la mitología griega relativa a Occidente; las fantasías medievales sobre las Islas Atlánticas; la Historia, la Geografía..., todo se puso a contribución, dando lugar a una abundancia bibliográfica, cuya mera noticia ocuparía algunas páginas. ¿Qué resultados positivos han dado estas investigaciones, en muchos casos verdaderos alardes de vana erudición? Si exceptuamos la evidencia de la igualdad *Fortunatae Insulae* con el *Archipiélago Canario* —identificación indudable en su conjunto, aunque no en sus detalles, y ya aceptada tradicionalmente—, los resultados de la investigación moderna no han resuelto nada digno de tenerse en cuenta. Seguimos sin saber qué era y dónde estuvo la Atlántida; desconocemos lo que fue y dónde se alzó Tartessos. Y por lo tocante a las Islas Atlánticas, seguimos sin saber de cierto si las referencias antiguas se pueden conjugar concretamente con nombres modernos. ¿A qué islas de las Canarias corresponden realmente los nombres (tan varios y distintos) de las Afortunadas? ¿Conocieron los antiguos Cabo Verde, Madeira, Porto-Santo

y las Azores? Plinius, por ejemplo, da cantidades concretas de distancias, de tamaños, de puntos de referencia; da también noticias de flora, de fauna, de pueblos, etc. Datos numéricos por el estilo encontramos también en Ptolemaíos; pero si con respecto a las tablas ptolemaicas o a las distancias plinianas aplicamos estas a mapas modernos, nos veremos, salvando un error perdonable, ante el hecho evidente de que en este lujo de medidas nada hay, ni aproximadamente a veces, que coincida, siquiera sea con una tierra real. Y esto, en parte, porque la idea de la configuración de las costas no era entonces, ni mucho menos, exacta como hoy día, ni los cálculos astronómicos eran lo precisos que ahora; pero, además, porque se trata de distancias tomadas a la estima y, sobre todo, porque en la mayoría de los casos se calculaba sobre puntos de partida cuya situación era a su vez errónea. También hay algunas diferencias de autor a autor respecto a los nombres de islas y tierras, pero ello sería de menor importancia, de no fallar los datos matemáticos y astronómicos. En cuanto a los geográficos, botánicos, zoológicos y humanos, salvo intentos gratuitos o interpretaciones fantásticas, todas las descripciones antiguas coinciden, por lo general, con la realidad, pero llevan en su contra que, dado el carácter general de las condiciones físicas o biológicas enumeradas, pueden aplicarse lo mismo a una isla que a otra isla; pues, en realidad, no se llega a una precisión tan específica y exclusiva, que permita señalar concretamente a una cualquiera de ellas; clima óptimo, bosques, árboles

frutales, palmeras, ríos, fuentes, naturaleza paradisíaca, etcétera, son atributos que, por muy acompañados que vayan de descripciones brillantes, nada o muy poco dicen al efecto.

El carácter de esta disertación, más expositivo que crítico y polémico, nos dispensa de adentrarnos en el fárrago inextricable de las interpretaciones que sobre tales escritos se han propuesto. Vamos, pues, a los textos, que es lo que importa.

La primera alusión a estas Islas Afortunadas se encuentra en ocasión de cierto episodio relacionado con Sertorio y fechable en el año 80 antes de J. C. El historiador griego Plutarco, al contarnos la vida de ese romano singular, refiere que por las años 82-81, cuando tras la fuga de la Mauretania volvió de nuevo a la Península, desembarcó en las costas por donde el Guadalquivir aboca en el Atlántico, y dice Plutarco:

«Allí se encontró con unos marineros que acababan de llegar de unas islas del Atlántico. Estas son dos, separadas entre sí por un pequeño estrecho. Distan 10.000 estadios de la Libye y son llamadas de los Afortunados».

A continuación describe Plutarco la naturaleza de estas islas, diciendo de ellas lo que, traducido del griego, sigue:

«Gozan de lluvias moderadas y raras y con unos vientos suaves y cuajados de rocío, ofrecen una tierra muelle y crasa, apta para ser arada y sembrada. También producen frutos que, por su abundancia y sabor, alimentan sin penas a un pueblo que vive sin trabajar.

La igualdad de las estaciones y la suavidad de los cambios hacen que en ella se respire un aire saludable. Porque los vientos que soplan procedentes del interior de las tierras, por la distancia que recorren, van decayendo y perdiendo fuerza, mientras que los que vienen del mar, los ábregos y céfiros, portadores de lluvias suaves y moderadas, nutren las plantas con su húmeda bonanza. De manera que entre aquellos bárbaros es frecuente la creencia de que era allí donde estaban los Campos Elysios, mansión de los bienaventurados, cantados por Homero».

La misma noticia y con ocasión del mismo hecho fue referida también, como dos siglos antes, por el historiador latino Sallustius. Desgraciadamente, solo se conoce un breve fragmento del pasaje donde se narraba. El cual dice así:

«Se sabía que estas dos islas estaban próximas entre sí, distantes 10.000 estadios de Cadiz, y que producían espontáneamente alimentos para los mortales».

El texto de Sallustius parece proceder de una misma fuente que el de Plutarco, si este no procede de aquel. Pero la distancia de 10.000 estadios la aplica de un modo distinto. Sallustius cuenta desde la costa gaditana; Plutarco desde África. Probablemente la más fidedigna es la de Sallustius.

Strábon conoce unas *Maķarón Nésoi* (Islas de los Bienaventurados) no lejos de los extremos de Mauritania, en la parte opuesta a Cádiz, según sus palabras. Pero escéptico por demás sobre todo lo que trata de estas regiones, aun mal conocidas en su tiem-

po (escribe en los de Augusto), dice, con respecto a su nombre, que si se llama así es por su proximidad a un país tan realmente afortunado como Ibería, es decir, España. Pomponio Mela, español de Tarifa (Cádiz), las describe de este modo a mediados del siglo I de la Era:

«Frente están las Fortunatae Insulae, cuya tierra produce una cantidad tan abundante de frutos, que renacen y se suceden incesantemente, hasta tal punto que sus habitantes viven sin inquietud días más dichosos que los que moran en magníficas ciudades. Hay una isla extraordinariamente notable por dos fuentes de agua dotadas de una propiedad singular: las aguas de una dan a los que la beben una risa que acaba con la vida de los que la beben, la otra cura todas las afecciones».

Pero de todos los escritores antiguos, quien nos ha legado una descripción más cumplida y detallada del Archipiélago Afortunado es Plinio el Viejo, el Naturalista. He aquí sus interesantes referencias:

«Hay quien cree que más allá están las Fortunatae y algunas otras islas más. El mismo Sebosus ha llegado a dar su número y distancias, afirmando que Iunonia se hallaba a 750.000 pasos de Gades; que Pluvialia y Capraria, sitas hacia el Occidente, se encuentran a idéntica distancia de aquella; que en Pluvialia no hay otra agua que la de la lluvia; que a 250.000 pasos de esta hállanse las Fortunatae, sitas a la izquierda de Mauritania, en la hora octava del sol; que una isla se llama Inwallis por razón de sus

valles, y otra Planasia por su aspecto; que el bojeo de Invallis es de 300.000 pasos, y que allí los árboles alcanzan una altura de 140 pies. Iuba llegó a inquirir de las Fortunatae estas cosas: colócalas también en el Mediodía, junto al Ocaso, a 625.000 pasos de las Purpurarias, de tal modo que se navega hacia ellas yendo primero 250.000 pasos por encima del Poniente y luego siguiendo rumbo al Oriente por espacio de 375.000 pasos. La primera, llamada Ombrion, no muestra testimonio alguno de construcciones; tiene en sus montañas un estanque y árboles semejantes a la férula; de los árboles negros se extrae agua amarga, y agua potable de los blancos. Otra isla se llama Iunonia, en la cual se ve un templo pequeño construido en piedra. En sus proximidades hay otra isla del mismo nombre, pero menor. Luego se encuentra Capraria, llena de grandes lagartos. A la vista de estas hállase Ninguaria, así llamada por sus nieves eternas, cubierta de niebla. Próxima a ella se alza Canaria, llamada así por la multitud de canes de gran tamaño que alberga y de los cuales se llevaron dos a Iuba; en ella se encuentran vestigios de construcciones. Todas estas islas tienen abundancia de frutos arbóreos y pájaros de todas clases. Además, esta última es copiosa en palmeras datileras y piñas. Hay también miel en cantidad, y en los ríos crecen papyrus y siluros. Son infectas a causa de la putrefacción de los animales que el mar arroja constantemente a sus costas».

Tenemos en esta narración el nombre actual de

Canaria y su etimología. Pero ha de advertirse que no es que haya perdurado así hasta nuestros días, como en tantos otros casos antiguos, sino que fueron los eruditos del tiempo de la conquista (siglos XIV y XV) los que le dieron el nombre, tomado precisamente del texto pliniano. Staius Sebosus conoce, pues, de las Fortunatae Insulae, cinco islas; Iuba, empero, nombra seis. El Archipiélago Canario consta, en realidad, prescindiendo de los islotes, de siete islas, que podrían muy bien reducirse a seis si descontásemos la más occidental, que por su lejanía pudo no ser tenida en cuenta por desconocida o poco frecuentada.

Ptolemaíos, que escribe sus famosas Tablas en el siglo II de la Era, enumera también seis. Helas aquí conjugadas con las de Plinius: Apropósitos Nésos, quizá Iunonia minor; Héra Nésos, acaso la Iunonia de Strábon; Plouitana Nésos, tal vez Pluvialia; Kapraría Nésos, la Capraria de Plinius, tal vez Gomera; Kanaría Nésos, Canaria del texto pliniano, acaso la Gran Canaria, y, finalmente, Ningouaría Nésos, sin duda la misma Nivaria, que, con su pico nevado, es muy posiblemente Tenerife y el Teide. El geógrafo de Ravenna cita entre estas islas una que se llama Thene, nombre indígena del que se deriva acaso el actual Tenerife. Es muy posible que sea también la *Invallis* (o *Convallis*) de Plinius-Sebosus.

El problema de la identificación de estos nombres ha producido mucha bibliografía llena de discrepancias. Pero el pretender entrar aquí en ellas sería un despropósito evidente. Nos basta con haber hecho

la historia del que pudiéramos llamar el «segundo Paraíso Terrenal», y a este propósito no está de más recoger la anécdota significativa que cuenta cómo Humboldt cayó de rodillas y lloró al ver la hermosura del Valle de La Orotava.

De la historia de este archipiélago durante la Edad Media nada se sabe de cierto. Solo a partir del siglo XIV vuelve a entrar en el campo de nuestros conocimientos. En efecto, el año 1312 el navegante Lancerotto visita la isla a la que dio nombre (Lanzarote). En 1339 figuran ya en un portulano mallorquín las islas de Lanzarote y Fuerteventura, ya con tales nombres. En 1342 llegan a ellas los primeros navegantes mallorquines. En la documentación aparecen como «islas recientemente descubiertas» y se les cita como «Islas de Fortuna», lo que quiere decir que habían sido identificadas como las *Fortunatae Insulae* de los antiguos, enlazando así la Edad Antigua con la Moderna. Finalmente en 1351 hay incluso cristianos indígenas que hablan mallorquín. Los documentos citan entonces una isla Canaria. En 1393 se data la expedición de vascos y andaluces. En la *Crónica* del Canciller Ayala el Archipiélago se cita ya como Islas Canarias, mencionándose las de Lanzarote, Fuerteventura, Gran Canaria, Isla del Infierno (sin duda Tenerife) y Gomera con estos mismos nombres. En 1399 el analista sevillano Ortiz de Zúñiga las llama también Canarias. Entra el siglo XV con la expedición de Béthencourt y termina el mismo con la conquista de los Reyes Católicos.

De haber tenido lugar esta disertación hace solo tres años, hubiese terminado aquí. Pero hoy es posible añadirle una cola o estrambote de gran importancia.

Se habrá observado que no hemos hablado hasta ahora más que de textos y referencias literarias. Muy directas, es cierto, pero al fin y al cabo solo alusiones escritas. Mas —se preguntará alguno—, ¿no hay testimonios arqueológicos que prueben con evidencia tangible la veracidad de estos textos? Hasta hace tres años no los había. Es decir, no se conocían.

Pero en octubre de 1964 advino la primera prueba. En esta fecha unos submarinistas pescaron en el canal que separa Lanzarote de Graciosa, en el fondo de la Caleta de Montaña Amarilla, un ánfora entera.

Esta es la historia breve de su hallazgo. Su valor intrínseco, casi nulo. Su interés histórico, muy grande. Es el primer testimonio arqueológico que hoy podemos exhibir como acompañante mudo, pero elocuente en grado sumo, de los textos. El ánfora es pequeña, de solo 65 cm. de altura. Ha llegado a nosotros casi intacta, sin más pérdida que la parte inferior. Este tipo de ánfora es conocido y permite asociarlo a los números 30 y 33 de Dressel y al 47 de Pelichet. Las vasijas estas suelen ser toscas, de pequeña altura (entre 60 y 70 cm.; la nuestra es de 65 centímetros, y con la punta sería un poco más), el cuerpo cruzado por estrías horizontales. Es también característico de ella el perfil inferior troncocónico, o mejor en forma de embudo invertido. La boca sue-

le ir coronada con un labio grueso, debajo del cual arrancan inmediatamente las dos asas. Respecto al contenido de estos recipientes, nada se sabe con certeza. Son relativamente frecuentes en necrópolis romanas tardías. Así en la de Tarragona, donde se emplearon para enterrar cadáveres de niños, cortándolas por la parte del hombro. Su data, aunque vaga e imprecisable, cae entre los siglos III y IV de la Era.

Como suele ocurrir en estas investigaciones, un hallazgo claro y sensacional excita la curiosidad y el interés, dando lugar a que otras piezas similares ya olvidadas o no identificadas salgan a la palestra de la ciencia. Así ha ocurrido ahora. Por el momento conozco, a más del ánfora descrita (hoy en la Casa de Colón de Las Palmas), otra hallada al N. de Graciosa en 1965, que guarda allí un particular, más otra que se llevó un visitante extranjero y que fue hallada al parecer entre Graciosa y Alegranza. Por otra parte, he visto un ánfora más en poder de un particular, hallada en 1966, en Navidades, frente a Arrecife, a una profundidad de unos 20 m. Es piriforme, como la primera, pero sin asas ni cuello. El descubridor de esta última me ha dicho que ha visto muchos fragmentos más de otras. Es decir, que probablemente tenemos varios pecios que convendría explorar con cuidado.

No insistiré en el collarcito de cuentas de pasta vítrea que guarda el Museo Arqueológico de Tenerife, porque no se tienen noticias ciertas de su procedencia ni circunstancias de hallazgo. Pero nada tendría ya

de extraño que sea una pieza importada en la Antigüedad.

Indirectamente son pruebas arqueológicas también los dragos de Cádiz, conocidos y descritos hacia el año 90 antes de J. C. por Poseidonios y citados luego por Strabon hacia el cambio de Era, y más tarde por Philóstratos a comienzos del siglo III de Cristo, y finalmente por San Isidoro de Sevilla en el siglo VII.

No estaría completo este apéndice arqueológico, si no recordásemos también un hecho singular y misterioso acaecido a mediados del siglo XVIII en las Azores. Y vamos al caso.

La historia de este hallazgo fue narrada por Podolyn en un trabajo que se tituló (traducido al español) así: *Algunas notas sobre la navegación de los antiguos, según ciertas monedas cartaginesas y cirenaicas halladas en una de las Azores en el año 1749*, por Johan Podolyn. La extensión de esta noticia es breve. He aquí su contenido:

En un edificio de piedra, ya arruinado, sito en la playa de la isla Corvo, en las Azores, una prolongada tormenta puso al descubierto, en noviembre de 1746, un cacharro negro, de barro, roto, que contenía una cierta cantidad de monedas; estas se llevaron, con los fragmentos del cacharro, a un convento, de donde fueron desapareciendo repartidas entre los curiosos de la isla. Parte de este tesorillo monetario fue a Lisboa y de allí al Padre Flórez, en Madrid. El número de las monedas que contenía el recipiente es desconocido; a manos del Padre Flórez no llegaron más que nueve

monedas, que son las reproducidas en la relación, ya citada, por Podolyn. Este las describe diciendo que dos son carthaginesas, de oro; cinco cartaghinesas, de bronce, y dos cirenaicas, del mismo metal.

«El P. Flórez —dice textualmente Podolyn— me regaló estas monedas con ocasión de mi estancia en Madrid, en el año 1761, y me dijo que el conjunto del hallazgo no contenía más tipos que estos nueve, que habían sido seleccionados entre los mejores conservados».

Yo tengo esta referencia por fidedigna. Pero reconozco que no satisface las exigencias que hoy día se requieren para usar de ella como testimonio histórico. En cambio no merece crédito alguno la noticia de Damián de Goes y Manoel de Faria, quienes afirmaban los portugueses hallaron a su llegada a las Azores una figura a caballo, en bronce, sobre un pedestal que llevaba letras incomprensibles, y que la estatua señalaba con la mano derecha hacia el O., es decir, hacia América. Se ve claro que se trata de una leyenda, en la que hay reminiscencias de otra, formada alrededor del Coloso de Cádiz. El monumento de las Azores fue al punto destruido, según los cronistas.